

VI Domingo de Pascua (14/05/23)

Homilía de Monseñor Carlos Castillo

(Transcripción)

Queridos hermanos y hermanas:

Celebrar este VI domingo de Pascua que nos prepara para la venida del Espíritu Santo, es celebrar, también, todos los aspectos humanos que el Señor creó, especialmente, esa humanidad tan grande que vivimos siempre con la maternidad, con nuestras madres, que son las que nos han legado también por su fe, pero, sobre todo, por su amor, con entrañas de misericordia, con entrañas de maternidad, nos han legado su vida y la vida del Señor.

Por eso, hoy día el Evangelio de Juan (14,15-21) es muy pertinente, tanto para esperar al Espíritu, como también para vivir este Día de las Madres. Por eso, hemos hecho una oración que todos podremos ver en las redes, dedicada a la Madre de todas las madres, de todas nuestras madres, porque en ella encontramos la manera de ser humanos y de ser cristianos.

Hoy día, el Señor nos dice, en el Evangelio, que, si lo amamos, inmediatamente también podremos guardar los mandamientos. El amor a Dios y el amor a los hermanos es una unidad, y eso lo tenemos en María, la que, acogiendo el anuncio del Ángel, va a decir: *“He aquí la esclava del Señor, hágase en mi según tu palabra”*. Aquella que es amada corresponde con un amor que la lleva inmediatamente a hacer su voluntad y, por lo tanto, a ponerse a disposición de lo que el Señor dice.

Por eso es por lo que el Señor Jesús se preocupa por sus discípulos, por todos los creyentes, pero, en especial, por los primeros que creyeron, para que, cuando Él está

ausente, no haya un tiempo vacío, sino completamente lleno del amor que Él nos manifestó caminando con nosotros y, que comenzó, encarnándose por obra del Espíritu Santo en María.

El Señor, pasando por esas tierras, se dedicó a acompañar, como *abogado*, como *consolador*, a su pueblo. Eso es lo que significa “paráclito”, también significa, además, de abogado y consolador, significa alentador, promotor, inspirador; de tal manera que, en Jesús encontramos una participación del amor de Dios a nosotros que, comunicado luego, cuando se va, quiere que quede. Y para que quede tenemos dos cosas: los discípulos tuvieron el Espíritu que se manifestó en la vida de ellos, de tal manera que ese tiempo no fue vacío, sino lleno de gracia, como lo hemos visto en los textos del Nuevo Testamento, en donde los discípulos daban razón de su esperanza a todos, siempre dispuestos no tanto a pelear contra el mundo, sino a explicarle la belleza y grandeza de lo recibido y, también, ven signos de la venida del Espíritu, independientemente, inclusive, de lo que ellos hacían.

De este modo, los discípulos ayudaban a que se propague, en el corazón de la gente, esta revelación única que solamente viene de Dios Padre. Y esa es la revelación de la “verdad”, por eso, también, se nos dice que recibiremos el “Espíritu de la Verdad”. Ese Espíritu de la Verdad es la única verdad que nos reveló el Señor: *que todos somos hijos, que Él no es nuestro Padre y que todos somos hermanos*. Y esa verdad se alcanza poco a poco, en cierto modo, esa verdad se hace en la medida que aprendemos a ser hijos y a ser hermanos y a reconocer al mismo Padre como Dios.

Esa es la verdad que el Señor nos ha revelado y que deja a sus discípulos para que el Espíritu los lleve a ir hermanando a la humanidad y transformando el mundo.

Hay personas que creen que el Señor solamente vino para que cada uno salvará su alma y se despidiera de los demás... y ya nos encontraremos todas las almas en el cielo. No, el Señor ha venido para que toda la humanidad se hermane, y si no se hermana, nuestra alma no llegará tampoco, porque o nos salvamos todos juntos o no nos salvamos; porque somos responsables los unos de los otros, y en cierta actitud cristiana, católica, se ha propiciado la idea de la indiferencia: Yo salvo mi alma, comulgo, confieso mis pecados y ya estoy “lavado”, soy puro y los demás... “chusma, chusma, chusma”. Y resulta que los demás son indispensables para nuestra salvación, por eso, el Día de la Madre es tan importante.

Yo recuerdo, cuando uno de mis hermanos estaba adolorido de la espalda, regresaba a casa y le decía a mi mamá: “Mamá, hazme una ventosa”. Y, entonces, le sacaba así, con la vela, se la ponía, el vaso, y le salía el aire. Siempre recurrimos a la mamá para todo, incluso, si somos mayores y grandes. Y cuando nos falta, qué necesidad sentimos de ella y, entonces, ¿cómo se soluciona eso?, aprendiendo a ser un poco mamá, tomando su posta, tomando su lugar y así no se le olvida, se le recuerda en la vida permanentemente.

Y eso es lo que quería Jesús también para sus discípulos: ese Espíritu de la verdad, que es el amor al Padre, el reconocimiento de ser hijo filial y, finalmente, ser hermano de todos; El, nunca nos abandona, sino que nos recuerda, permanentemente, que esa es nuestra misión en la Tierra. Por eso es por lo que insistimos en hacer familia, pero también hay que hacer la familia humana, no solamente “mi familia”, porque también puede ser un egoísmo colectivo pensar que mi familia es mejor que la otra, que los Jiménez somos mejores que los Ramírez. No, es para poder

encontrar, en todos, el valor que cada uno tiene para construir juntos este mundo.

Y, por eso, entonces, dice que el mundo no puede recibirlo. Con eso no está diciendo que no tiene la presencia del Espíritu, sino que no se da cuenta, no sabe cómo es el asunto y, entonces, por eso no la acoge. Para eso están los discípulos, para anunciar su presencia, recordarlo, y para eso está la Iglesia: para anunciar a todos que ese amor es el que sostiene la vida, y esa es la verdad que nos va a salvar de situaciones distintas y difíciles. Hoy día, sobre todo, que hay un olvido de Dios en muchas partes y, en base a eso, ¿qué hacemos?, desarrollamos una serie de planes, tecnologías, intereses, ambiciones... y nos olvidamos del fundamento: que todo eso tiene que ser para ser hermanos.

Hoy día, con la inteligencia artificial, ya existen unos robots que, si integraran en ellos una mecánica para resolver problemas matando gente, lo harían. Y ese es uno de los peligros, da miedo terrible, porque los robots piensan con su propia "cabeza", pero es una cabeza basada en el cálculo, no en el amor, no tienen alma y, por lo tanto, hemos creado un monstruo que nos podría destruir, y es necesario ver cómo se le controla. Eso, hoy día, es terrible, como muchas cosas terribles que vemos en el mundo. Mucha de la medicina que tomamos, al final, una de las cosas que hace es multiplicar más las enfermedades para que siempre haya medicina y las farmacias, pues, ganen muchísimo.

Normalmente, no se cura uno, lo que hace siempre es recibir una especie de anestesia temporal para que no haya tanto dolor, pero soluciones realmente a la enfermedad de la vida de la gente todavía no existe. Y es verdad que todos, en algún momento, vamos a morir, pero hoy día es posible vivir muchos años si tenemos una salud adecuada.

Qué interesante son los cuidados de las mamás que siempre, en las familias, tienen sus curaciones, como una especie de curanderas, tienen sus pociones y sus yerbitas. Curiosamente, es la medicina que, por lo menos, ayuda a vivir mejor.

Hermanos y hermanas, tenemos que reconocer que, cuando uno vive en el Espíritu de la verdad, crea sabiamente muchas cosas interesantes, crea esas obras que la semana pasada nos decía el Evangelio, son las obras que ustedes harán, *porque serán inclusive más grandes que las que Yo hice*. El Señor nos dice que nosotros podemos hacer obras más grandes que las que, Él mismo ha hecho, y esas son las que vienen del amor y que multiplican el amor que el Señor nos ha dado.

En ese sentido, hermanos y hermanas, el Señor nos dice con toda claridad que el Espíritu Santo viene a todos nosotros, mora en nosotros y el Padre y el Hijo morarán también en nosotros y, por eso, no nos deja huérfanos. Qué interesante, porque cuando la mamá muere, uno se siente huérfano, pero el Señor viene a consolarnos, tanto así que, todo lo que nuestra madre nos ha dado y lo que nos ha dado María, y lo que nos ha dado Jesús en su vida, su Espíritu, permanece en nosotros y puede crecer, y podemos, entonces, no estar desconsolados, sobre todo, en el tiempo tan difícil que vivimos hoy día en la humanidad

En ese sentido, cuando no vemos a Jesús, no es que no esté, sino que está en forma de amor, en forma viva de amor divino y humano. Y, por eso, el Señor viene a habitar a nosotros, en los cristianos habita, no para quedárnoslo, sino para comunicarlo y hacer comprender eso al mundo. Para eso, entonces, necesitamos amar como Él ha amado.

¿Cómo ha amado Jesús? Misioneramente, siempre caminando y sirviendo. Y, ¿cómo ha servido María?, ¿cómo

ha amado María a Jesús? ¿cómo ha amado María a la humanidad? La ha amado entregando a su Hijo, saliendo y corriendo para ayudar a Isabel, acompañando a Jesús en todo su camino y, hasta en el último tiempo, recibiendo la responsabilidad de ser Madre de la Iglesia. *“Ahí tienes a tu hijo”*, le dice el Señor a ella, y Juan representa a los discípulos y a la Iglesia.

Por eso, hoy día, hermanos y hermanas, vamos a dar gracias al Señor que siempre nos acompaña y jamás nos abandona, que siempre nos perdona, y eso permite que superemos el miedo, superemos las angustias, veamos cara a cara los problemas y tengamos inteligencia e inspiración para solucionarlos, de tal manera que nos volvemos creativos, porque es un Espíritu creativo que va haciendo la verdad en la historia. Por eso, hoy día, vamos a dar gracias a las mamás también, que son algo así como una luz del Espíritu Santo que siempre nos acompaña.

Siempre decimos que los 9 meses que la madre nos tuvo en el vientre nos dio su amor gratuito y generoso, nos sirvió sin medida. Nuestra mamá no nos dijo: “Ya, deja de patear, sino ya no naces”. Ella nos aguantó porque nos ama y se entrega vivamente para todos.

En ese sentido, por eso, decimos que María es la Madre de todas nuestras madres, porque si hemos nacido, hemos llegado a esta vida, ha sido, en gran parte, porque ellas dieron su vida, su ser, para que existiéramos. Y, por eso, este sentido de maternidad es algo que está tan arraigado, que es una luz del Espíritu Santo, para que aprendamos a vivir y a buscar el origen, la fuente de donde los problemas se solucionan. Los problemas no solo se solucionan con cálculos, los problemas se solucionan con sabiduría y con el amor profundo, gratuito de la madre, que siempre nos ha acompañado y nos acompañará, el de María, el del Señor,

de su Espíritu y, sobre todo, en el de nuestras madres desde su propio ser.

Por eso, damos gracias a la Virgen de la Evangelización. Ella es nuestra Patrona de la ciudad de Lima. Esa rosita de oro que vemos fue entregada por el Papa Juan Pablo II, se lo entregó cuando vino al Perú, y se lo entregó en medio de la situación difícil y adversa que vivíamos, en medio del terrorismo de aquellos años. Y hay algo muy importante, esta imagen presidió el Congreso de la República desde los inicios de la historia de la independencia y fue traída, luego, en el tiempo de la historia, hubo posibilidad de que se la llevaran la imagen como la primera que llegó a América Latina. ¿Qué pasó? Alguien con mucha inteligencia, en medio de la guerra con Chile, la cubrió de yeso, de tal manera que nadie sabía qué era (pensaban que era un pedazo de yeso). Y después de muchos años, después de la guerra con Chile (ustedes saben que entraron a la Catedral y se llevaron muchísimas cosas, y probablemente se la hubieran podido llevar porque era de gran valor), no se la pudieron llevar porque estaba cubierta de yeso.

Por eso, la tenemos ahora aquí. Es un gran descubrimiento y se llama así, Virgen de la Evangelización, porque fue la primera y vino para apoyar y alentar, justamente, como imagen, el anuncio del Evangelio. Y por eso, nos recuerda el sentido misionero que tiene la ciudad de Lima, que también está basada en el testimonio del primer arzobispo de Lima, Loayza, pero, sobre todo, del segundo, Santo Toribio de Mogrovejo, que fue, justamente, el arzobispo que caminó todo el tiempo, por toda la diócesis (que era enorme), iba desde Ecuador hasta el sur de Chile. Y se la paseó cuatro veces en 25 años.

Por eso, esta hermosa imagen nos recuerda que hemos de ser evangelizadores todos. Eso es una tarea indispensable,

porque evangelizar es anunciar a todos que todos somos hijos del mismo Padre y hermanos entre nosotros. Por lo tanto, hemos de amarnos y servir a los humanos con el mismo amor que Dios los ha servido. Por eso, hermanos y hermanas, feliz Día de la Madre en María santísima.